



Sacerdote y Mártir

En Kiukatiam, Luang Prabang (Laos), Venerables Siervos de Dios Mario Borzaga, italiano, sacerdote profeso de la Congregación de los Misioneros Oblatos de la Virgen María Inmaculada, y [Paul Thoj Xyooj](#), laosiano, catequista laico, asesinados por odio a la fe († 1960).

Reconocimiento del martirio: El 5 de mayo de 2015, el Papa Francisco recibió en audiencia al cardenal Angelo Amato, SDB, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos y durante la misma autorizó a la Congregación a promulgar el decreto referente al este martirio.

Fecha de beatificación: 11 de diciembre de 2016, durante el pontificado de S.S. Francisco.

Breve Biografía

En la ciudad de Trento, en la que había nacido el 27 de agosto de 1932, el joven Mario, de espíritu aventurero, gozaba trepando a los árboles, correteando por los caminos en una bicicleta demasiado grande para él, caminar por los montes. Al crecer en un ambiente familiar profundamente cristiano, se había sentido llamado al sacerdocio. Estudiaba en el seminario menor diocesano. Por entonces escribía: “Yo amaba a Jesús en los sacramentos y a María, rezaba. Triunfaba en los estudios, soñaba...” En el seminario mayor, su amor por la naturaleza le empujaba a desarrollar el espíritu de observación sobre las perdonas y las cosas que luego anotaba con regularidad en su diario. Sus compañeros de seminario dirán más tarde que eran conscientes de esa creciente hondura espiritual que empujaría a Mario hacia un compromiso más grande.

Oyendo hablar a un misionero de paso, Mario toma conciencia de su vocación por las misiones extranjeras como Misionero Oblato y que, para seguirla, tenía que romper con los lazos estrechos que lo ligaban a su familia y a sus amigos. Inicia, pues, su año de noviciado, que él mismo define así: “Es un año en el que uno pone a prueba sus posibilidades de darse totalmente al Señor, un año en el que uno se entrena a renunciarse, a vaciarse completamente de sí mismo, como se vacía un cubo de basura,

sin lamentos.”

Durante los años de preparación para la vida misionera, se propuso un objetivo espiritual preciso: vaciarse lo más posible en el molde de Cristo sacerdote, víctima y apóstol. Quería conseguirlo gracias a la Eucaristía y a María Inmaculada: la Eucaristía como pan partido, fruto del sacrificio de la Cruz, es decir, del amor; María Inmaculada, porque ella dio Jesús al mundo; Mario quería imitarla hasta el punto de llegar a ser misionero como ella y portador de Cristo Salvador.

Tras su ordenación en 1957, Mario fue enviado a Laos, uno de los países más pobres del mundo y con un escaso porcentaje de cristianos. Su primer año fue difícil; lo pasó aislado en una misión. Era incapaz de comunicarse con la gente, intentando aprender la lengua local, no pudiendo ejercer plenamente su ministerio como sacerdote; una situación que lo llevó a sentirse inútil: “Mi cruz soy yo mismo, yo soy mi propia cruz. Mi cruz es la lengua que no consigo aprender. Mi cruz es mi timidez que me impide pronunciar una sola palabra en laosiano.” Es ahí donde experimentó las dificultades de ser misionero en el extranjero, pero donde también buscó la presencia de Dios. “Todo te pertenece, incluso el malestar, la angustia, los remordimientos, la oscuridad... Yo te amo porque tú eres Amor”.

Finalmente, a la edad de veintiséis años, le confían el primer puesto de misión. Las exigencias rebasan sus fuerzas: cuidar de los ya convertidos al cristianismo, ir hacia los más alejados, aprender una nueva lengua, dirigir una escuela para los nuevos catequistas y atender a un sinnúmero de enfermos cada día. Los desafíos eran difíciles de abordar y Mario se sentía aplastado por sus responsabilidades. En lugar de abandonarlas, consigue encontrar, en su gran amor a Jesús, la fuerza necesaria para creer todavía que él se hallaba en ese lugar porque Dios lo quería: “Nosotros, los misioneros, estamos hechos así: es normal partir, es necesario desplazarnos; mañana los caminos serán nuestras casas; si nos vemos obligados a pararnos por algún tiempo en una casa, la transformaremos en camino hacia Dios”.

Su breve experiencia misionera -no debía ir más allá de sus veintiocho años- llega a su fin en la soledad del bosque, a lo largo de un sendero de montaña, al regresar de una gira apostólica con su catequista Xyooj. El 25 de abril de 1960 un grupo de guerrilleros comunistas los asesinaron, interrumpiendo así y para siempre sobre esta tierra el sueño maravilloso de este joven misionero.